

# 1

Esta pesadilla comienza en el momento exacto en que Carlota Pino, sobrina del diputado Pedro Pino, decide asistir en secreto a las fiestas patronales que se celebran en Santa Fe. Por supuesto, la joven no imagina el funesto destino que le aguarda en la capital provincial. Es incapaz de prever el trágico evento en que se verán inmersas tanto ella como su pobre hermana de aquí a unas pocas horas. Tan espeluznante. Tan desgarrador. Tan horrible y enigmático. Su muerte tendrá en vilo durante meses al territorio más septentrional de cuantos conserva España en las Américas: Nuevo México. Y ya es decir, porque en esta tierra montañosa, desértica y aislada hasta el más atroz de los crímenes es susceptible de pasar inadvertido.

Son las ocho de la tarde del 19 de agosto de 1820. Sábado caluroso para despedir una soporífera semana. El sol, inclemente y despiadado en esta época del año, ha caído ya tras las torretas de madera que se elevan sobre la mina de Cerrillos. Una vez que han salido los mineros de la tierra, la quietud más absoluta se adueña del valle. El silencio lo rompe tan solo el bramido de un coyote que perdió a su madre a primera hora de la mañana. Aúlla una vez. Y otra. Su premonitorio lamento, sin embargo, apenas alcanza la gruesa tapia de adobe que pone límite a la hacienda de la familia Pino.

Frente al tocador de su pequeña alcoba, y ajena al mal que la rodea, Carlota se acicala para el esperado encuentro. Mientras lo hace, tararea para sí un fandanguillo travieso, de los

que dejan caer una rima picante entre verso y verso. Una canción popular que roza la desvergüenza y que, en palabras del padre Cadalso, la ponen a una caminito del mismo infierno. El farolillo que ha encendido apenas le permite ver si la trenza que hilvana en su cabellera oscura lleva visos de convertirse en algo presentable. Mejor así, piensa luego. Demasiada luz alertaría a sus padres, que no han de enterarse jamás de sus intenciones.

Naturalmente, Carlota pretende acudir al festejo del único modo en que una niña de quince años puede hacerlo dadas las circunstancias: sin el permiso de sus mayores, escabulléndose de la cama en plena noche y, por todo ello, hecha un manojo de nervios. Tal vez por eso, unas horas antes de que ocurra la desgracia, la pequeña, que no tiene un pelo de tonta, acude a Dolores, su hermana mayor y confidente, con indicaciones precisas sobre el modo en que pretende acudir a la verbena.

—Dolores, escucha —susurra—. Dolores...

Abre un ojo la hermana, malhumorada.

—En esta casa no puede una descansar tranquila —se lamenta—. ¿Qué quieres ahora?

—Perdóname, no sabía que dormías.

En la oscuridad, el incesante titileo de la llama dibuja formas irregulares en el papel pintado y arranca, de paso, destellos sobre el perchero cobrizo, la loza y los artilugios metálicos que decoran el tocador de la alcoba.

—Ya no duermo —se incorpora, despacio—. Dime qué buscas.

—Nada. Marcho a Santa Fe.

—¿Cómo?

—Son las fiestas de la santa patrona —explica la pequeña—. Pero descuida, que estoy aquí antes de que cante el gallo.

—¿Estás loca, Carlota? —le espeta la hermana—. ¿Vas sola?

—Me he citado a las diez con Ignacio Losada, el hijo de Baldomero.

—¿Ese desgraciado?

—¿Quieres venir?

Arquea las cejas Dolores Pino, sorprendida con el ofrecimiento. Luego pone una mueca extraña, niega con la cabeza y responde:

—Ni en broma.

La pequeña se sienta entonces en la cama de la mayor, e interpone el candil entre ambas.

—Pero son las fiestas...

—Precisamente.

—No tengas miedo.

—¿Que no tenga miedo? ¡Santa Virgen! ¿En qué estás pensando? ¿Y si se entera padre? —trata de advertirle la hermana, somnolienta, mientras se quita de encima las sábanas amarillentas y hace un esfuerzo ímprobo por agarrar la mano de su hermana en la penumbra—. ¿Que no has oído lo peligrosa que se pone la ciudad con toda esa gente que anda tomada y así?

—Me vale madre, Dolores. Si no voy hoy, no iré nunca —le interrumpe la pequeña, henchida de valor y con media sonrisa dibujada en el rostro—. Si no quieres venir, no pasa nada; solo te pido que no se lo cuentes a padre.

—No me vengas con esas —responde la mayor, ofendida—. No soy una chivata.

—¿Sabes qué? —pregunta Carlota, picando a la otra con un tonito burlón.

—Qué.

—A Ignacio y a mí nos lleva hasta allá su hermano.

—¿Enrique?

—El mismo.

Se pone roja Dolores, suelta la mano de Carlota y aprieta muy fuerte los puños. Es sabido por todo Galisteo que En-

rique Losada —un chico de buenísima planta, aunque más tonto que una piedra— anduvo detrás de ella todo el invierno pasado. Tanto que la familia acabó por prohibirle a la muchacha cartearse con el primogénito del famosísimo maestro armero. No vayan a decir esto. No vayan a pensar lo otro.

—¿Cómo lo sabes? —inquire la mayor, algo tímida, pero deseosa de saber más acerca del susodicho.

—¡Anda! Como que así lo hemos arreglado —responde la pequeña—. Venga, hermanita, ánimo. No habrá otra igual hasta el año que viene. ¿Que acaso es pecado divertirse de vez en cuando?

Como cada verano, la capital de Nuevo México reúne en una sola noche todos los elementos de los que carece a lo largo del año. Música, hogueras, procesiones, feriantes, cómicos ambulantes. «De chile, mole y pozole», que dicen por allá. Un poco de todo. Hasta un circo itinerante repleto de bestias sureñas ha venido este año a la ciudad, o eso tiene entendido Carlota. Todo un despliegue jaranero regado con pulque y licor de maguey que, como manda la tradición, inunda las calles del centenario presidio al llegar el fin del verano.

Dolores tuerce el gesto, disgustada. No es la primera vez que su hermana menor le viene con esta cantinela. De hecho, recuerda que Ignacio y Enrique, hijos del maestro Baldomero Losada y sempiternos pretendientes de las hermanas Pino, ya insistieron meses atrás con el asunto de las fiestas patronales. Esos dos sinvergüenzas. No se darán por vencidos.

Duda un rato Dolores Pino. Mientras lo hace, se muerde el labio, indecisa. «¿Que acaso es pecado divertirse de vez en cuando?». Aunque no lo dice, siente envidia del coraje de su hermana.

Pasados unos minutos, Carlota se pone en pie de un brinco, cansada de tanta espera. Apoya el candil en el alféizar —mala idea, la luz se ve desde la calle— y mira por la ven-

tana. Se muestra preparada para su imprudente aventura nocturna. Va ataviada con vestido camisero, sin corsé, y con las zapatillas de suela plana que le regaló hace unas semanas el bueno de Alvarito Pino, hermano mayor de las dos. Sobre el vestido, comprueba Dolores, la más pequeña de las hermanas luce la antigua casaca del padre.

—Si no voy —empieza la mayor, dudosa—, ¿vas a ir tú sola con esos dos?

—Eso parece.

Agarra las sábanas Dolores, temblando. Primero cierra los ojos y susurra algo para sus adentros. Luego, en un gesto de arrojo, sale de la cama y sentencia su propia suerte con un claro y rotundo:

—Voy contigo.

Sonríe Carlota, satisfecha. Se suceden entonces los gestos cómplices. Las miradas nerviosas. Una mano al hombro. Un déjame tu basquiña. Un no hagas ruido o padre nos mata aquí mismo. El caso es que, pese al miedo a lo desconocido, la noche trae consigo un destello de rebeldía. Una bocanada de aire fresco tan comprensible como inoportuna.

Al rato, desde el puente que cruza el cauce seco del arroyo de Galisteo, la luz de un farol se enciende para volver a apagarse al instante. Brilla de ese modo una vez, advierten las hermanas. Dos. Tres.

—Son ellos.

Dolores y Carlota salen a toda prisa por la puerta que comunica el patio trasero de la hacienda de los Pino con el caminito que va al cementerio. Mal presagio. Desagradable y trágica la imagen para el que conoce a fondo esta historia.

Una figura estática acecha desde lo lejos, vigilante. Se oculta tras los árboles que crecen junto a la cerca, intentando que la respiración agitada no delate su posición. Alguien es testigo, por lo tanto, del correteo nervioso de las hermanas Pino, que avanzan como dos ratoncillos ingenuos, en plena noche, di-

rectas a la boca del lobo. Al fin, las muchachas se encuentran con los hermanos Losada, que las esperan en el lugar previsto, junto al puente que sortea el arroyo.

—Buenas noches —dice Ignacio, el más joven, desde la parte delantera del carro—. Vaya, está usted bien guapa, Carlota.

Enrique, por su parte, se limita a gruñir mientras mantiene calmadas a las dos mulas que forman la recua del padre. Las dos chicas se acomodan en la parte trasera del coche y saludan con entusiasmo comedido, que ni el apellido ni la situación dan para más aspavientos.

Un hilito le falta a la luna para estar llena del todo. Luz más que de sobra para que las casi dos horas de ruta que hay hasta la capital provincial transcurran sin incidentes.

A partir de aquí, la historia se torna de lo más confusa.

Según algunos testigos, las dos hermanas llegan a salvo a Santa Fe, disfrutan de una verbena apacible y se mantienen discretas, tranquilas: la actitud que cabe esperar de las hijas de don Anselmo Pino. Se divierten un poco con la representación teatral de una compañía de cómicos ambulantes, sí, pero se alejan después del jolgorio principal, de los fuegos de artificio, de las danzas regionales, las castañuelas y el vino. A petición de la mayor, se apartan también de las proclamas soflameras que, una vez el alcohol ha hecho mella en los hombres, reciben vítores y abucheos por parte de comerciantes, artesanos y soldados de la provincia. Ándate con ojo, le dice Dolores a Carlota. No vaya a aparecer de pronto un cliente de padre, un amigo de tu hermano o un vecino de la parroquia.

No obstante, hay quien afirma que, a partir de cierta hora, Carlota Pino e Ignacio Losada beben más de la cuenta. Ríen, gritan, se cuentan chismes. Luego bailan una especie de mazurca, más arrimados de lo convenido. Pasada la medianoche, ella le propone a él ir a la famosa capilla del Rosario, al

norte de la ciudad, con la excusa de presentar sus respetos a la celebradísima Virgen de la Conquista.

—¿Dónde vais? —pregunta Dolores, angustiada, al ver cómo su hermana pequeña se marcha calle arriba, medio curda, con el pánfilo de Ignacio cogiéndola por la cintura.

—Al Rosario —responde Carlota—. Donde la virgen. A rezar un avemaría.

—Vamos con vosotros.

—Que no, mujer. Ya quédate tranquila. Enseguida regresamos.

Al verlos marchar arrimados, el uno caído sobre el otro, Dolores lamenta estar allí y no en Galisteo, en su cama, a salvo de tanta penuria, de tanto pecado nocturno. Presa del miedo, la joven no hace más que rezar padrenuestros y apretar con fuerza el cristo de nácar que le regaló su abuela Sinforosa hace ya más de una década.

Para más inri, Enrique Losada, el acompañante de Dolores, yace en el suelo desde hace un buen rato. El muchacho lleva una turca de escándalo, y, en sus propias palabras, le valen madre las chingadas que pasen ahí fuera. Solo quiere dormir la mona.

Pasa una hora, tal vez dos. «*Por favor, que vuelvan ya*», repite una y otra vez la mayor de las hermanas Pino. «*Es tarde. Por favor*».

Pero por más que Dolores le ruega al Altísimo, su hermana no regresa. Decide entonces tomar cartas en el asunto. Pone rumbo a la capilla del Rosario para detener de una vez por todas la majadería en que se ha tornado la velada. Pasa bajo los soportales del mercado, repletos de ristras de chile rojo. Bordea luego los viejos cuarteles y encara enérgica el caminito empedrado que conduce a la villa de Taos. Manolito, el dueño de la posada que se levanta en dicho sendero, un indio genízaro al que no se le escapa ni una, es el último en verla con vida.

—¡No están! —grita histérica el aya de ambas hermanas al alba de la mañana siguiente—. ¡Se fueron, se fueron!

Tiembla, desconsolada, y se lleva las dos manos a la boca por no emitir un chillido nervioso.

—Explíquese mejor, Mariela, se lo ruego —responde el padre de las criaturas, don Anselmo Pino, mientras agarra del armario cuchillo, escopeta y silla de montar con la intención de salir cuanto antes en busca de sus hijas.

—Sentí ruido —trata de explicarse la anciana—. Sentí ruido ayer a la noche, como si alguien saliera por la puerta trasera, pero pensé que sería usted, señor. ¡Pensé que sería usted!

Rompe a llorar Mariela, su llanto despierta a la madre, y la casa se cubre enseguida con un manto de desconsuelo.

Escopeta en mano, el padre entra en la alcoba de su primogénito, el señorito Álvaro.

—¿Qué haces en cama a estas horas? —exclama Anselmo mientras descubre las cortinas con tanta fuerza que por poco las arranca de sus rieles.

—No me siento bien —responde el chico.

—Me trae sin cuidado. No quiero quejas ni lamentos —le advierte—. Vístete y sal enseguida. Tus hermanas no están en la casa.

Al cabo de un rato, padre e hijo dejan atrás la aldea de Galisteo a lomos de sendas monturas. Toman el camino del arroyo, no sin antes preguntar a los rancheros que pueblan el valle.

—Dos chamaquitas morenas. De quince y dieciséis años —empieza don Anselmo, nervioso—. La una más altita, tal que así, y la otra menuda. No pudieron ir muy lejos.

Uno tras otro, los ganaderos se encogen de hombros y tuercen el gesto. Algunos reaccionan a la defensiva, más in-



cómodos que preocupados, por eso de que no se les relacione de forma alguna con un caso tan escabroso. «*A esas horas yo ya me había ido a dormir, señor Pino*». En las tierras altas de Nuevo México, tan remotas y olvidadas, cada palo aguanta su vela, y son pocos los que se atreven a dar un paso al frente o a decir esta boca es mía. El miedo al qué dirán, a la infamia del vecino, a las repercusiones cainitas. «*Somos gente de fe, don Anselmo; rezamos por que encuentre pronto a sus dos hijitas*».

A la tarde, padre e hijo acuden al rancho de las Golondrinas. Desesperados, se ven obligados a interrumpir la tertulia con tal de alertar a la clientela de don Jaime, el dueño de la famosa posta. Parte del público niega con la cabeza. La gran mayoría, por supuesto, clava la mirada en el suelo y finge no oír bien al padre con tal de regresar cuanto antes al trasiego de la taberna.

—Que Dios nos asista —murmura don Anselmo al volver a subirse al caballo—. ¿Dónde han ido tus hermanas, Álvaro?

—No lo sé —responde el muchacho, pálido como la cera, aunque tratando de mostrar entereza—. Tal vez sea mejor que nos dividamos.

Así hacen. El hijo se dirige al pueblito de Santo Domingo por ver si el alcalde sabe algo. El padre, ya de noche, llega a la capital provincial y recorre con ahínco las tienditas y ventas de Santa Fe. La resaca del día festivo se palpa en el ambiente. Hay orines, vómitos y boñigas del caballar esparcidas por el terreno.

—¿Han visto a mis dos hijas? Carlota y Dolores, no son más que...

—¡A sus chamaquitas las vimos anoche con los dos hijos de Baldomero Losada, don Anselmo! —interrumpe el soldado Alfonso Sepúlveda, de la cárcel provincial—. Iban de tapado, pero vaya que si eran ellas.

—¿En la verbena? —inquire don Anselmo, extrañado.

—Pregunte donde la taberna del Santero, que la nieta de Pedrito las vio también. Ya verá, pregunte usted, señor Pino, que le van a *dicir* que aquí mismo estuvieron.

Las tropas presidiales no tardan ni un día en encerrar bajo llave a Enrique y a Ignacio Losada. Por supuesto, ambos alegan una y otra vez no tener nada que ver con la desaparición de las dos muchachas. El mayor repite hasta la saciedad que iba borracho como una cuba y que no recuerda nada de cuanto sucedió la noche en cuestión. «*No sé de lo que me habla*», jadea, con miedo a ser ajusticiado, en la hora en que van a buscarlo. «*Lo juro por lo más sagrao*». Ignacio, el más joven, si bien reconoce haberse arrimado con la más pequeña de los Pino junto a la acequia de la capilla del Rosario, niega en redondo tener nada que ver con la ausencia de la zagala. «*Desapareció de mi lao, capitán, se lo prometo. Como si se la hubiese llevado el diablo*».

—Dele un buen escarmiento, que cante —le dice el alférez Cardoso a uno de los milicianos que se ha ofrecido voluntario para interrogar al muchacho—. Pero no lo mate, hágame el favor, que su padre es buen amigo de la tropa.

El 26 de agosto, una semana después del incidente, las hijas del señor Pino siguen en paradero desconocido. Ese día, los hermanos Losada, corridos a trompazos día sí y día también —siguen vivos de puro milagro— se unen a las tareas de búsqueda que encabeza el gobernador Melgares. Lo hacen por petición expresa de Manuela Estrada, madre de las muchachas.

—Si estos pendejos no saben dónde están nuestras hijitas, que ayuden a encontrarlas. Que hagan algo, si en tanta estima las tenían. De nada nos sirven muertos —sentencia entre sollozos el día que los hermanos salen del calabozo.

«*Se las tragó la tierra*», se oye en la cantina de Nambé al cabo de otra semana. «*Lo anda diciendo el fraile de Abiquiú, y ese*

*no se equivoca, que es medio santo*». Responden voces no tan críticas como chismosas, que no hacen sino ahondar en fantasías y dislates: *«Me vale un reverendo cacahuete lo que diga ese pelón. Si no las raptaron los salvajes, se las llevó Satanás*». Lo cierto es que ni las autoridades de Santa Fe de Nuevo México —con sus efectivos militares combatiendo en el sur a los insurgentes que pretenden independizarse de la Corona— ni la familia Pino —quebrada desde hace días por el dolor más espantoso— logran dar con el paradero de las hermanas.

Las labores de búsqueda son cada día menos intensas, y los hermanos Losada son aprehendidos de nuevo, por si acaso. *«¡Les está bien empleado, por pecadoras! ¡Anda que escaparse de la casa en plena noche...!»*, espetan con vileza las malas lenguas de la provincia. Son respondidas casi siempre por aquellos que se las dan de entendidos: *«Ya no volveremos a verlas, eso es seguro*». Por supuesto, se equivocan.

Una tormenta parte en dos el cielo la tarde del 6 de septiembre. El aguacero que cae a continuación desborda las acequias, inunda los campos y arrastra la tierra de media provincia.

Al día siguiente, 7 de septiembre de 1820, Carlota y Dolores Pino son halladas muertas frente a la casa de sus padres. Al alba, un arriero las halla flotando a la deriva en las aguas embarradas del arroyo Galisteo. A las pocas horas, el capitán del presidio describe la escena de un modo tan crudo y mordaz que el gobernador Melgares prohíbe a la familia acercarse al lugar en cuestión. Según redacta en una carta al regresar con la tropa a Santa Fe, *«el cuerpo de una de las chiquillas presenta una pierna descoyuntada y tiene un montón de astillas clavadas en la palma de la mano*».

No es más sutil describiendo el horror que le provoca el cadáver de la otra hermana: *«La muchacha permanece atada a un tronco de madera maciza. Tiene tantas marcas en la frente y sobre la*

*nuca que, así mezclada con el lodazal, su rostro más parece un amasijo de carne que la cara de una persona».*

La imagen, tan macabra y salvaje, colma a los pocos días de miedos y supersticiones —más, si cabe— a las gentes del territorio. Los rancheros que habitan entre la capital y los pueblitos de Río Grande pasan las tardes contando historias terribles. En los mentideros, las mujeres cuchichean y se santiguan entre rezos asustados. Las más temerosas de Dios, vestidas de riguroso luto, se arrodillan entre lamentos y piden clemencia al Señor todopoderoso. De cuando en cuando, algún mozo bravucón alza la voz para culpar del asesinato a un indio salvaje, a un conocido bandido o a un insurgente de los de «Viva México» y navaja sureña en el cinturón, que los hay. El ímpetu le dura, no obstante, el tiempo exacto en que termina de pasársele la curda. Entonces todo vuelve a la quietud mezquina y fantasmagórica que representa el día a día en el extremo septentrional de la Nueva España, donde se ha producido la tragedia.

A mediados del mes de septiembre, medio valle asegura ya que a las dos niñas de Anselmo Pino se las quitó de en medio el demonio. La otra mitad, por supuesto, manifiesta que fue la Llorona, cuando no un espíritu de los salvajes. Para desgracia de las dos víctimas, y para desesperación de sus pobres padres, los oficiales de los cuarteles provinciales se conforman con esos cuentos. Bastante tienen con vigilar la frontera norte, amenazada en esos días por invasores gringos, utes, comanches y bandidos de toda clase.

Los hermanos Losada, que de puro milagro han evitado la horca, se someten, sin embargo, a un encierro voluntario. Temen la represalia de la familia. La cólera de los paisanos. Prefieren esperar a que el responsable haya dado la cara, ya que nadie en la provincia parece tener el tiempo ni las ganas de dar con el asesino.

Así pues, ha de ser el que fuera diputado por Nuevo México en las famosísimas Cortes de Cádiz de 1812, Pedro Bautista Pino —tío de las difuntas—, el que solicite al gobernador Melgares los servicios de dos hombres capaces de investigar el caso.

*«Dos tipos de fuera del territorio, si es que queda alguno con vida, especialistas en lo suyo. Que vengan acá sin la mirada emponzoñada y maliciosa que presentan las gentes de esta tierra embrutecida, pecaminosa, desprovista de humanidad».*

Con ellos dos empieza esta historia.

Por cierto, los tipos son —curioso en los tiempos que corren— un español y un mexicano: el bachiller Juan Orviz, asturiano, y el capitán Leandro Cuervo, sonoreense. Apenas se conocen. *«Ni falta que nos hace»*, hubiera dicho el segundo. No obstante, Orviz y Cuervo están condenados a entenderse si quieren resolver el fúnebre entuerto que, hace apenas unas semanas, acabó con la vida de Carlota y Dolores Pino, sobrinas del señor diputado.

## 2

El 16 de octubre de 1820 Juan Orviz y Leandro Cuervo van medio dormidos en el interior de un coche de caballos. El primero, curioso, apoya la frente en la ventana del carruaje y trata de abrir los párpados en un intento infructuoso por divisar el cauce del río Grande. El segundo, impasible, permanece recostado en su lado de la cabina, las botas apoyadas en el asiento de enfrente. Como de costumbre, Cuervo se ha colocado el sombrero de tal manera que el ala ancha le tapa media cara. Ambos cuerpos, no obstante, se mecen al vaivén de los cantos, zanjas y demás lindezas que el Camino Real de Tierra Adentro colecciona en aquel tramo desangelado. Pasan el nuevo desvío de Pecos y continúan hacia Santa Fe por el trazado original. Pese a lo incómodo de la ruta, los dos hombres disfrutan, al fin, y por primera vez desde que salieran de El Paso, de los lujos de un cochero. Angelito, para ser más exactos. Un apache cristianizado que conoce bien los atajos —y mejor los peligros— del sendero.

—Escuche, Juan... ¿Va dormido? —dice de pronto Leandro Cuervo, el más veterano de los dos militares.

—No —responde el asturiano Juan Orviz, mientras levanta las cejas y contempla al oficial mexicano. Intenta disimular la cara de sueño y se frota para ello el rostro imberbe con las mangas de la camisa.

—¿Qué hace?

Orviz abre bien los ojos, sorprendido de que su nuevo compañero quiera al fin entablar conversación; no ha abierto

la boca desde que dejaran atrás el paso de Sandía. El asturiano aprovecha la oportunidad y le enseña al capitán Cuervo una libreta marrón de piel curtida, algo raída por los bordes.

—Repaso las notas que tomé en El Paso sobre el asesinato de las dos hermanas.

—Mmm —gruñe el otro.

—Es terrible, ¿no cree?

—¿El qué?

—El crimen. Cada vez que leo la carta del señor Pino encuentro el caso más sobrecogedor.

Se encoge de hombros Leandro Cuervo.

—Nos dirigimos a una tierra terrible, muchacho —susurra el capitán esbozando una sonrisa cruel—. ¿Le molesta si pongo aquí los pies?

—¿Cómo dice?

—Si le molestan los pies.

—No —responde confuso el joven.

—Mejor.

De nuevo, silencio. Una cabezadita, bien acompasada por el incesante traqueteo que hacen las ruedas al pasar sobre el sendero, les hace perder la cuenta de los minutos transcurridos. Sobrepasan un rancho abandonado, así como el antiguo mesón de Chacales, a las afueras de Bernalillo. Siguen dormidos al alcanzar la venta de Peralta, otrora conocida por un enorme establo de adobe en el que hoy apenas hay caballos. Así transcurren un par de horas. Tal vez tres. Tiempo de sobra para que el azar seleccione sus sueños y los aleje un buen rato de las tierras baldías que conforman el paisaje de Santa Fe de Nuevo México.

Juan Orviz sueña con su Asturias natal. Con los montes y los valles infinitos de su infancia. Neveros en plena primavera que brillan con la luz de los picos de Europa. En el sueño aparece su hermana Elena. Y su madre. Los tres ríen,

alegres, mientras aguardan en Ponga la llegada de su tío, el ingeniero encargado de la reconstrucción del Camino del Beyo. Casi puede tocar los pastos verdes con la mano.

La modorra de Leandro Cuervo es algo menos bucólica, pero igual de tangible. Con una mano sostiene los senos de una mujer mucho más joven que él. Es invierno, y llueve fuera, pero el calor de la lumbre hace de su pequeño rancho un lugar acogedor. «*Se está bien aquí*», le murmura a la zagala mientras extiende hacia ella un par de monedas de cobre. «*Tal vez hoy prefieras quedarte*».

De pronto, y justo en el momento en que el sol roza el inmenso horizonte de aquel país lejano, el coche detiene su marcha. Los forasteros no tardan en volver a este mundo. Cuervo abre un ojo, extrañado. Orviz se incorpora. El ambiente es fresco, más de lo esperado, y el español nota cómo un escalofrío recorre su cuerpo. Echa mano del frac. Mientras se lo pone sobre los hombros, pregunta:

—¿Por qué nos detenemos?

—Eso mismo me andaba preguntando yo. Hablamos de hacer noche en la fonda de Santo Domingo. —Se estira el sonoreense, gruñe, y no puede evitar poner una mueca extraña cuando se palpa las rodillas, adormiladas por la postura—. ¡Angelito! ¿Por qué carajo nos detenemos? ¿Ya se mea usted de nuevo?

—No, señor Cuervo —responde una voz débil desde el asiento del cochero.

El indio, que, preso de su timidez, no ha sido capaz de alertar con anterioridad a sus atípicos pasajeros, lleva un buen rato oliéndose lo peor. Traga saliva, inseguro, e intercepta unas voces esquivas desde la alameda que envuelve el camino. Sabe lo que toca. Está habituado desde hace años a los imprevistos e inseguridades de la ruta. En más de una ocasión, de hecho, ha recibido descargas de balazos de las que por fortuna quedan en amenaza. Pero nunca se sabe.



Por tanto, pone un pie en el garrote y susurra a los dos caballos que tiran del carro para que no bajen la guardia.

—¿Y entonces por qué paramos? —insiste el capitán, impaciente.

Juan Orviz mira por la ventanita lateral de la cabina. Más allá de los álamos apiñados, el río Grande sigue fluyendo, silencioso. A su juicio, el brillo anaranjado que devuelve en la quietud del ocaso no desvela peligro alguno.

—No veo nada —indica Orviz, y le dirige a su compañero un gesto despreocupado.

Pero los temores del pobre Angelito, conocedor no solo de los habituales peligros, sino también de los sujetos que pueblan los caminos desde que estallara la guerra de independencia, no tardan en hacerse realidad. De entre las rocas que salpican la vereda emerge de pronto un tipo menudo de bigote poblado, viste poncho marrón y sombrero de charro con copa de piloncillo.

—¿Quién va? —exclama el cochero.

—El fantasma de Morelos —bromea el que les corta el paso.

No tardan en acompañarlo cuatro zagales, lo suficientemente jóvenes como para no haber conocido siglo anterior al presente. Media cara cubierta con un pañuelo anudado al cuello. Todos ellos portan retaco o pistola, si no ambas.

—Problemas —musita Leandro Cuervo nada más oír las risas de los bandoleros.

—¿Qué quieren? —pregunta Orviz, inquieto, y se apresura a tomar la carabina que guardó esa misma mañana bajo el asiento del carruaje.

—No salga —responde muy serio Leandro Cuervo, y echa la cabeza hacia atrás con el ánimo de comunicarse con su cochero—: Angelito, ¿cuántos son?

—Cinco.

—¿Armados?

—Sí, señor.

—Pregúnteles qué quieren.

—Ya les pregunté.

—Insista.

El repentino diálogo entre conductor y pasajero molesta al hombre del sombrero charro, que saca una navaja del bolsillo al tiempo que susurra rápido y mordaz a los muchachos que le guardan las espaldas:

—A darle, muchachos, que es mole de olla. —Luego dirige otra vez la mirada hacia el coche de caballos e interrumpe la conversación—: ¡Ya bájense del carro!

En el interior del coche, Orviz y Cuervo se miran preocupados. Ahora sí, el sonoreense echa mano del cinturón para preparar pistola, polvorín y machete.

—¿Qué andan buscando? —inquieta el cochero, enojado, y toma de nuevo las riendas con brío.

—Calla, indio, y levanta las manos si no quieres riña.

El acento local tiene un deje de lo más extraño.

—¿Saben de quién es este carro? —insiste Angelito—. Pertenece a la familia del diputado Pedro Pino, de Galisteo. No les recomiendo que...

—Mantén la boca cerrada, apache cabrón, ¿que no ves que lo tienes complicado? —Escupe al suelo el líder de la banda y alza la navaja—. Saquen las manos fuera del carro los de ahí dentro. Sin prisa, pero que podamos verlas.

Se vuelven a mirar el bachiller Juan Orviz y el capitán Leandro Cuervo. No es la primera vez que les dan un alto en un camino. La primera vez de Orviz fue años atrás, en la península. La banda de Zoilo Mozos dio caza al español cerca de Puertollano. De aquella perdió el equipaje, dos armas, un baúl con munición y cien reales con los que viajaban él y su amigo Rafael del Riego camino a La Carolina. El mexicano Leandro Cuervo está, si cabe, mucho más acostumbrado. Desde que los insurgentes comenzaran a dar problemas al sur de la Nueva

España, los caminos del norte se han convertido en un constante goteo de revolucionarios, bandidos, paganos y demás rapaces dispuestos, como siempre, a medrar a costa de lo ajeno. Tal vez por eso mismo resopla ahora el sonoreense, hastiado, y asiente con mueca seria.

—Permítame hablar a mí... —le susurra a su compañero.

Los dos hombres dejan a un lado carabina y pistola. Abren las ventanas laterales y sacan las manos como buenamente pueden.

—Veo cuatro manos —empieza el asaltante—. ¿Que solo viajan dos en tan opulento carro?

—Solo dos —responde Angelito, enojado.

—¡Ya cállate, indio, no lo repito más veces!

Interviene al fin el capitán Leandro Cuervo, y alza su voz áspera todo lo que puede para que las paredes acolchadas del interior del carruaje no tamicen sus palabras.

—Somos solo dos. Mi nombre es Leandro Cuervo, de Arizpe. Me acompaña el bachiller Juan Orviz. Salimos hace unos días del presidio de El Paso, nos recogieron en Albuquerque, y vamos para Santa Fe.

El líder de la banda escucha atento mientras hace que sus hombres se aproximen al coche, muy despacio, retaco y cuchillo en ristre. Obligan a Angelito a soltar las riendas y a bajarse con cuidado. Uno de los dos caballos piafa, desconcertado, y eso hace que el carruaje se tambalee.

—¿Son soldados del rey? —inquiere entonces el del sombrero charro.

—Pregunta tramposa en los tiempos que corren —responde Cuervo, inteligente, pues no descarta que los asaltantes tengan relación con los insurgentes independentistas—. Tal vez sean ustedes el grupo rebelde que semanas atrás incendió y saqueó el pinche puerto de Guaymas.

—¿Guaymas? —se burla el asaltante—. Está usted muy al norte, sonoreense.

—Nos dirigimos a la capital de Nuevo México por petición expresa del gobernador Facundo Melgares —interviene Juan Orviz, nervioso, pero seguro de sus dotes negociadoras—. Nos esperan en Santo Domingo esta misma noche. Llevamos, de hecho, una carta firmada por el propio Melgares. Un salvoconducto.

A Leandro parece no haberle gustado la intervención de su acompañante, y suelta un gruñido de desaprobación.

—¿Un salvoconducto? —pregunta de nuevo el bandido con una risa atravesada—. ¿Qué diantres es eso? ¿De dónde es el acento?

Antes de que el propio Orviz pueda dar explicaciones, Cuervo retoma la plática.

—Mi compañero es asturiano.

—¿Español?

—Sí.

—¿Español de España o de los de acá?

—De España.

—¿Chapetón?

—Así es.

—¡Le cagaron! ¿Y qué hace un gachupín tan al norte en estos tiempos de miseria?

La simple duda remueve al bachiller Juan Orviz, que, para ser sinceros, se pregunta lo mismo desde que, hace más de cuatro meses, saliera del puerto de Cádiz. Se limita, por tanto, a guardar silencio.

—El deber —sentencia Cuervo.

—Bien respondido, soldado —se burla el asaltante—. El deber. Cada uno tiene su cada una.

Orviz se cambia de asiento, inquieto, y observa cómo, por la alameda, aparecen a ritmo calmado otros dos enmascarados. Cuando se quiere dar cuenta, les apuntan varias pistolas. Intenta alertar a Cuervo, pero la puerta del coche se abre desde fuera con brusquedad.

—*Pabajo* —les dice el chico que la ha abierto.

—¡Con mucho cuidado, español, que a mis muchachos les tiembla la mano! —exclama ahora el líder de la banda. Luego pone una mueca extraña y se rasca la frente con la hoja de la navaja. Un movimiento rápido basta al capitán Cuervo para, en secreto, arrancarse el crucifijo de plata que cuelga de su cuello e introducirse en la entrepierna, por debajo del calzón de tripe.

—Que el de arriba me perdone —susurra luego.

En un abrir y cerrar de ojos, Leandro Cuervo y Juan Orviz se ven de rodillas en el terreno arenoso y polvoriento que se extiende junto al camino.

—Allá vamos de nuevo —dice Juan Orviz.

Es el tercer atraco que vive el asturiano desde que desembarcara en el puerto de Galveston, hace ahora cinco semanas. En el primero, los filibusteros de Jean Lafitte se contentaron con los cien pesos que llevaban encima los militares españoles que acababan de cruzar el océano. En el segundo, cuatro comanches terminaron con la vida de un muchacho joven, navarro, que se negó a entregarles armamento y munición, tal y como hicieron el resto de soldados. En esta ocasión, los asaltantes parecen decididos a tomar para sí todo aquello que brille, pese o sea susceptible de ser intercambiado.

Primero despojan a Juan Orviz de su frac. Luego meten la mano en los bolsillos del capitán Cuervo, su nuevo y peculiar compañero. Se hacen con munición, pólvora, algunos reales de a ocho, un peine y un pequeño estilete. No prestan demasiada atención a la libreta con tapas de cuero que lleva Orviz en el abrigo. Tampoco al estuche en el que guarda un botecito de tinta y una pluma de ave. Es más, al cabo de un rato deciden descartar todo aquello. Uno de los muchachos arroja el cuaderno con desdén más allá del sendero sin saber que contiene las primeras pistas para la resolución del crimen que atañe a los dos soldados. Todo lo demás lo echan al in-

terior del coche de caballos, que, por supuesto, representa la parte más suculenta del botín.

Frente a los dos militares, Angelito, el cochero, sigue con el ceño fruncido y cara de pocos amigos. Sabe que su amo, el señor Pino, no perdonará nunca que no haya dado la vida con tal de salvar el vehículo, de modo que se revuelve una última vez, encorajinado.

—¡No saben lo que están haciendo! ¡Estos dos señores se dirigen a Santa Fe por orden del mismo gobernador Melgares y del diputado Pedro Pino, de Galisteo!

—Y sigue la mata dando —le interrumpe el del sombrero charro.

—¡Son los encargados de encontrar al responsable del doble asesinato que acabó el mes pasado con las sobrinas del señor Pino! ¿No tienen ustedes piedad? ¿Que no saben lo que ha sufrido esa familia?

Uno de los asaltantes, un tipo de mediana edad, moreno y de facciones redondeadas que porta pañuelo rojo sobre la calva, gira sobre sí mismo en ese preciso instante y clava la mirada en los ojos asustados del asturiano Juan Orviz. Tanto Cuervo como el propio Orviz notan entonces la atención que reciben sus dos rostros alicaídos.

Irritado ante los alaridos del tipo, el líder de la banda da tres pasos decididos en dirección al pobre Angelito. Luego, con un movimiento certero de muñeca, hunde su navaja en la garganta del hombre apache. La sangre corre a borbotones y empapa en escasos segundos la camisa blanquecina del cochero. Se desploma luego, agonizante, sobre el charco rojizo que se acaba de formar en el suelo. Orviz contiene una pequeña arcada y contempla el suelo agrietado. Leandro Cuervo, por su parte, mueve la cabeza con desaprobación y se evita espetar el inoportuno insulto que le haría ser el siguiente. Angelito muere al cabo de unos segundos, allí mismo, frente a los dos soldados.

—¿Han oído al indio? —se oye desde lo alto—. Esos dos zorimbos van para Santa Fe a investigar lo de las niñas a las que dio muerte el diablo.

—Me vale madre ese cuento, vayámonos —le responde otro, nervioso.

—¿No los matamos? —pregunta el de las facciones redondeadas y el pañuelo colorado.

—No será necesario —dice el líder de la banda mientras se acerca a toda prisa al lugar en que permanecen arrodillados los dos soldados. La nariz aguileña sobresale por encima del bigote, muy poblado. Luego, se dirige a Juan Orviz—: Usted, español. Sepa que hoy le ha perdonado la vida un hombre libre. Uno que estuvo en Chihuahua el día que mataron a Hidalgo. No queremos chapetones. Vuelva usted a su tierra, que no es esta.

Tras pronunciar su discurso, el bandolero saca de nuevo la navaja con la que ha asesinado al cochero y la desliza con malicia sobre el rostro del asturiano. Emite un gemido Orviz, y se lleva las manos a la cara en un acto reflejo. No tardan en llenársele de sangre los dedos y las mangas de la camisa.

—Vámonos, Peludo —insiste el que vigila desde lo alto del camino.

El líder hace caso al centinela; gira sobre sí mismo, da dos zancadas certeras y se sube con brío al carro de la familia Pino, conducido ahora por otro de los bandoleros. El resto hace lo propio, escopeta al hombro y ahuecando el ala, no andan merodeando por ahí los milicianos de Santo Domingo, los dragones encuerados o, peor aún, los apaches jicarillas de la ribera sur, carroñeros muy listos y atentos como nadie a las oportunidades que ofrece el desierto.

Leandro Cuervo no pierde de vista al hombre calvo que tanto ha insistido en acabar con su vida. Lo nota intranquilo, azorado, aun cuando los otros ya se han ido. Esconde tras los ojos oscuros, o eso percibe el sonoreense, el deseo

inequívoco de bajarse de la burra y meterle a cada uno una bala en la cabeza. Se lo piensa una vez, y otra, y por cada pensada da media vuelta a lomos del animal. Los dientes bien apretados. El sudor empapándole el pañuelo rojo. Al fin, al verse solo en la vereda, saca trabuco del cinto y tira de percutor.

—Cuidado —advierde Orviz.

—¡Al suelo! —responde Cuervo.

El trabucazo por poco los deja sordos, pero para cuando el proyectil sale de la boca del arma, Juan Orviz y Leandro Cuervo ya son uno con el pasto. Esquivan la bala asesina; ruedan más allá de unos matorrales; reptan entre las rocas y tropiezan de forma caótica mientras se alejan de la vereda.

Rebuzna la burra, quejumbrosa, y un segundo disparo deja su eco en la ribera. Pom.

A Juan Orviz le da tiempo a echar la mirada atrás. Sobre las hierbas altas alcanza a ver el rostro nervioso del hombre que se queja ahora, sudoroso, mientras trata de seguir con la vista el rumbo desordenado de sus dos pobres presas. Refunfuña. Está molesto por haber errado ambos disparos. Echa mano a su talega por tercera y última vez, pero no le queda pólvora.

—¡Escúchenme! —exclama, enojado—. ¡Ya han oído al Peludo! Váyanse de Nuevo México si no quieren más disgustos.

Juan Orviz permanece tumbado sobre el terreno, con la cara medio abierta y el corazón latiéndole tan rápido que parece a punto de salirse del pecho. Sigue vivo de puro milagro. No se acostumbrará nunca a esa sensación, por mucha guerrilla y mucho plomo que cargue en sus espaldas.

Una vez se ha marchado el hombre que los ha disparado, el silencio se apodera de la ribera del río Grande —o río Bravo, como lo llaman los arrieros sureños—.

—Déjeme ver esa herida —dice de pronto Leandro Cuervo.



—Estoy bien —miente Orviz, que no quiere dar muestra alguna de debilidad ante su compañero en el primer encontronazo que han tenido desde que salieran de El Paso.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Ayúdeme entonces a esconder el cuerpo del cochero.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Habrá que ocultar a este pobre antes de que lo encuentren los coyotes.

El capitán mantiene un tono sereno para el susto que acaban de llevarse.

—¿Lo abandonamos aquí? —inquire el asturiano, que no ha logrado aún recuperar el aliento.

—¿Qué propone si no? ¿Cargar con él a puro pulso hasta que lleguemos a Santo Domingo? —Pone una mueca irónica el sonoreense—. No. Iremos nosotros, a pie, y daremos el aviso a los monaguillos del padre Rubí para que se apiaden de su alma.

—Está bien... —empieza Juan Orviz, dolorido.

—¿Pero?

—Ninguno.

Los dos hombres arrastran el cuerpo ensangrentado del que hasta hace un rato fuera su cochero. Pesa más de lo que uno hubiese imaginado, se permite pensar Orviz. La sangre ajena le corre por la muñeca. ¿O es la propia? Muy pronto empieza a gotearle sobre las botas, y sobre el calzón de tripe azul. Suspira, afligido, pero intenta mantener la calma.

Acaban escondiendo el cadáver en el hueco que conforman dos enormes rocas rojizas que, de no ser por su remoto enclave, parecerían esculpidas para la ocasión. Luego, repara Cuervo, Juan Orviz regresa tembloroso al sendero en que ha sucedido el asalto. Una mano sobre el rostro herido, la otra apartando los hierbajos que crecen junto a la vereda. Tose durante un buen rato, y recorre unas varas en dirección

sur. Después repite el mismo camino, pero esta vez encarando el norte, a gachas, tanteando el suelo con las manos.

—No hemos hecho más que llegar y el gachupín ya ha perdido la cabeza —dice para sí el de Sonora. Lo cierto, observa Cuervo, es que, aún con el rostro ensangrentado, el gesto de Juan Orviz apunta a buena familia. Corte de hombre sensible, de modales refinados, cuidadoso hasta decir basta.

—La tengo —susurra al fin el asturiano—. Tengo la libreta. Y mi estuche. ¡Y la carta del señor Pino!

Sonríe Leandro Cuervo, incrédulo, mientras saca de su entrepierna el crucifijo que se ha escondido y vuelve a colgárselo del cuello. Luego enciende el último cigarro que le queda con la cerilla de inmersión que lleva escondida en la bota. Le da una calada larga. Al rato niega con la cabeza. Ha retornado al lugar del mundo del que prometió irse para siempre. Tierra de muertos, misal y rosario. Polvo y arena.

### 3

Dos días después del trágico incidente, la tarde del miércoles 18 de octubre de 1820, Leandro Cuervo y Juan Orviz llegan exhaustos a Santa Fe, centenaria capital de la provincia de Nuevo México. Lo hacen a pie, cubiertos de arena, muertos de hambre y de sed.

—Al fin —murmura Juan Orviz.

Durante el largo viaje que ha hecho en el último mes —atravesando Texas desde el puerto de Galveston, viajando junto a una caravana de militares y comerciantes que fue parando en La Bahía, San Antonio, Aguaverde o La Junta de los Ríos— el asturiano ha adquirido cierta destreza a la hora de aguantar sus necesidades más básicas. Se ha curtido en eso de tener el agua racionada durante días. Sabe de la importancia de hervirla para evitar caer enfermo. Ha experimentado lo que es dormir al raso en pleno desierto, vigilar la tienda, ahuyentar a los coyotes y comer de higos a brevas, nunca mejor dicho. Sin embargo, ha sido este último tramo, tras el atraco en Santo Domingo, y con su nuevo compañero blasfemando a cada paso, lo que ha podido con su ánimo. Ahora que llegan a Santa Fe, el bachiller tiene regusto de fiebre en la boca y preocupantes conatos de vértigo. Es cierto que no han tenido ocasión de llevarse algo a la boca desde que salieran, esa misma mañana, del pequeño puesto de La Bajada. Allí, el padre Rubí —que ha tenido a bien hospedarlos y servirles un chocolate caliente— les ha negado, sin embargo, el préstamo de dos caballos.

—Cura malnacido, tacaño, gazmoño cabrón —va blasfemando Cuervo, entre dientes—. No se le caerá encima el santo de oro que guarda en la sacristía.

—¿Es por aquí? —le interrumpe Orviz, hastiado de las quejas casi tanto como del camino.

—Allá, al fondo de la calle. Del otro lado del campanario.

Una espadaña de adobe se alza serena sobre los tejados cobrizos de la capital. El asturiano asiente y aprieta el paso. A esa hora del día, la ciudad se torna sombría. De no ser por los quinqués que cuelgan de los soportales e iluminan los zaguanes, piensa Orviz, la oscuridad total se cerniría sobre sus calles polvorientas y malolientes.

El muchacho no pierde detalle de cuanto lo rodea. A las afueras, una vez pasados los establos, las casitas bajas de adobe, cruzadas en su mayoría por travesaños de madera, se apiñan en torno a mercadillos improvisados. En ellos, llega a ver, cierran ya los puestitos que han sacado el género por la mañana. Abren, sin embargo, las tabernas, interesadas en la clientela de feligreses que está a punto de salir de misa dispuesta a cambiar el sermón por el vino. Adelantan a una mujer con cofia y mandil y a un par de indios muy jóvenes que se los quedan mirando con cara de pocos amigos. No hay demasiada gente en la empobrecida villa de Santa Fe. Aun así, a Orviz le impresiona ver rostros humanos en medio de aquel páramo endiablado. Le llama la atención que hayan tenido a bien agruparse cuatro o cinco mil personas en un lugar tan inhóspito, remoto y desprovisto de comodidades.

A medida que descienden por el camino, una nubecita de polvo se eleva sobre sus talones. Las calles están secas, observa Leandro. No le sorprende. El verano ha sido especialmente seco, y el lecho del río luce cuarteado, sin agua alguna que trasladar hasta los canalillos que genízaros y criollos han excavado a ambos lados de la calle De Vargas.

De este modo pasan Leandro Cuervo y Juan Orviz junto a la finca de Urrisola, el que fuera gobernador del territorio, y bordean la capilla de Nuestra Señora de la Luz, que extiende su ábside a lo largo de la alameda. Desde la escalinata trasera del templo una vieja enlutada los mira con el único ojo que conserva en la cara. Leandro Cuervo cree reconocerla de los tiempos en que sirvió en la capital, pero torna la mirada al frente. Ya en la plaza Mayor, frente a los soportales del palacio de los Gobernadores, se detienen junto a una garita pequeña, construida de adobe, como casi todos los edificios de la ciudad. Dos golpecitos en la puerta bastan para que el morador del cuartucho, un chico jovencísimo, imberbe y vestido de militar, les dé la bienvenida.

—¿Quién va? —pregunta.

—Leandro Cuervo, del presidio de El Paso. Me acompaña Juan Orviz, recién destinado allí mismo.

Juan Orviz atisba por el hueco de la ventana lo humilde del cuartelillo; de sus paredes cuelgan una cazuela, dos cuencos de estaño y un par de bayonetas.

—¿Qué desean? —inquire de nuevo el zagal.

—Denunciar el robo de un carruaje y el asesinato de un indio. También solicitamos audiencia con el gobernador Facundo Melgares. Nos espera. Que estemos aquí es cosa suya.

—No está acá el gobernador —responde el chico, extrañado.

—¿A qué se refiere?

—Que no está en la ciudad. —Ante la cara de circunstancia de Leandro Cuervo, el chaval aprovecha para rematar la buena nueva—. Y eso del muerto y el carruaje debe decirlo usted al alférez Cardoso, o bien al señor intendente, pero ya mañana, que hoy marchó a casa y vive lejitos, donde la finca del Sapo.

Sin mediar palabra, tuerce el gesto Cuervo, hastiado, e inclina la cabeza para despedirse del muchacho. Juan Orviz,

aunque repleto de dudas, se abstiene de preguntar. En su lugar, se limita a seguir a Cuervo por el camino que lleva a la taberna de Pedro el Santero.

—¿Nos hospedamos aquí? —pregunta, ahora sí, el asturiano.

—En la planta de arriba. La hija del Santero guardó un par de habitaciones a nombre de la familia Pino.

—Parece una taberna.

—Y lo es —sonríe Cuervo—. Taberna y posada. Me recuerdo buenas gachas acá dentro, y tengo un hambre que me caigo. Ya habrá tiempo de dormir. Lo primero es lo primero.

Asiente Orviz, que también necesita saciar el apetito. Luego sigue a su compañero y sube con cuidado los escalones de madera que separan la calle del umbral de la cantina.

En la capital provincial se reparten la clientela tres modestas posadas. Una es conocida como La Fonda. A otra le dicen el Descansito, con cierta sorna, por cierto, pues está ubicada a pocas varas del cementerio. La tercera en cuestión es, precisamente, la del Santero, que hace también de taberna, almacén y tienda de comestibles. «*El Santero*», reza el cartel; «*prohibida la entrada a usureros, asesinos, navajos y utes*».

La entrada de los dos hombres, si bien genera un pequeño murmullo entre una cuadrilla de muchachos uniformados que juega al conquián sobre una mesita de madera, pasa desapercibida para la mayor parte de parroquianos. En lo que Cuervo se quita el sombrero, Orviz echa un vistazo y arruga la nariz. El Santero, tugurio oscuro donde los haya, huele a orines, a licor y a frijoles recién hechos. Un escalofrío recorre la nuca del asturiano cuando recuerda el motivo que los ha llevado hasta allí. El asesinato de las dos hijas de Anselmo Pino. Bien puede estar sentado entre la multitud de comensales que pueblan la taberna, tan tranquilo, o peor aún, vigi-

lante ante la llegada de dos forasteros entrometidos. Orviz traga saliva y frunce el ceño, agitado.

—De seguro en España frecuentaba usted tabernas con mejor aspecto —susurra Cuervo con tal de sacarlo de sus tribulaciones—. Pero esta es la mejor de por acá, créame.

Sin mediar palabra, los dos hombres se encaraman a la barra.

—¿El agua? —pregunta el capitán.

—Buena, recién sacada del pozo —responde la tabernera.

—Pues pónganos tantito y un par de tragos de vino, haga el favor.

—Ya marchan.

La joven, que no sobrepasa la veintena y tiene ojos verdes pese a sus evidentes rasgos nativos, colma dos vasos de vidrio sin perder de vista la herida fea que tiene en la cara el asturiano.

—¿Su nombre es? —pregunta Cuervo.

—Ángeles. Ángeles Vallejo.

—Es usted la hija de Pedro Vallejo, el Santero.

—La nieta. Me confunde usted con mi tía.

Sonríe Leandro Cuervo, que conoce bien al abuelo.

—Negocio familiar, por lo que veo.

—Qué remedio.

—Escuche, Ángeles, mi amigo y yo tenemos habitación guardada —dice el sonoreense.

—¿Para hoy? —inquiére ella.

—Debimos llegar hace dos o tres días —interviene Juan Orviz—. Pero se complicó la cosa por el camino.

Cambia el gesto la muchacha, y por poco derrama el vino.

—¡Son ustedes los hombres de fuera! Los del sur —empieza con mueca inquieta—. Los soldados de El Paso que vienen a resolver el crimen de Galisteo. Me dijo mi papá que vendrían.